

TRANSCRIPCIÓN DE LA HOMILÍA FUNERAL

Eucaristía 07 mayo '20 – Cripta Atocha

Trasmitida en canal Youtube SalesianosES

MEMORIAL SDB FALLECIDOS PANDEMIA

“Quizá aquellos que llevamos una vida sin necesidades no sabemos llorar. Ciertas realidades de la vida solamente se ven con los ojos limpios por las lágrimas. Os invito a que cada uno se pregunte: ‘Yo, ¿aprendí a llorar?’ Cuando sepas llorar, entonces sí que serás capaz de hacer algo por los demás”.

Son palabras del Papa Francisco dirigidas a los jóvenes, dirigidas a los que acompañamos a los jóvenes en el camino de la vida. Son palabras que nos interpelan cuando contemplamos estas 21 velas que representan a cada uno de nuestros hermanos que en este mes transcurrido desde el 11 de marzo hasta el tiempo de Pascua. Este mes en el que, con toda la sociedad, con tantas familias, con tantas personas, de verdad hemos aprendido a llorar. Yo he aprendido a llorar, a contemplar, a esperar, a callar, a rezar. Hemos llorado con vosotros, han llorado vuestros hermanos de comunidad, vuestros amigos, los jóvenes con los que compartisteis vida, tantas personas... Y vosotros, sin buscarlo, nos habéis enseñado a llorar. Y con esas lágrimas, habéis limpiado nuestra mirada.

Sí, habéis limpiado la mirada de la inercia y de nuestra rutina, de esos formalismos en los que tantas veces se instala nuestra vida. Nos habéis limpiado la mirada para dejar de ir a lo nuestro en este tiempo. ¿Cuánto nos hemos preocupado por los demás? ¿Cuánto nos hemos preocupado por los pequeños detalles que nos indicaban si la vida de una persona podía tirar para adelante? Nos habéis limpiado la mirada para enseñarnos lo que de verdad importa: que merece la pena la fraternidad. Que este mundo, que tantas veces se ha instalado en el individualismo, en el consumismo, en el ir cada uno a lo suyo, realmente, de lo que está sediento es de fraternidad, de comunión, de comprensión, de cariño, de preocupación de los unos por los otros. Y las lágrimas nos han salido del corazón, nos han hecho más fraternos, han construido la comunión, nos han ayudado a salir de nosotros mismos, de nuestras propias preocupaciones.

Y hoy aquí estamos reunidos en un clima de fiesta. No pudimos celebrar nuestra fiesta inspectorial. Pero de alguna forma, hoy es nuestra fiesta inspectorial. Hoy es el día en que toda la comunidad inspectorial, junto a tantos amigos que forman parte de esta gran Familia Salesiana, de esta gran familia de Don Bosco, nos sentimos en fiesta, porque sentimos la comunión, la unidad, la memoria agradecida por 21 hermanos que soñamos en el paraíso, en ese paraíso que Don Bosco nos prometió.

Desde pequeño, he sentido fascinación por los sueños de Don Bosco. Ese relato tan genuino, tan genial, que supo hacer nuestro Padre para generar esa capacidad de crear actitudes positivas, ese estímulo ante la vida. Y esta mañana me detenía un ratito en un sueño tenido en Lanzo en el año 1876. Muy cerca de ahí, cuando murió Avelino, el primero de nuestros hermanos, estábamos residiendo los capitulares de nuestra Inspectoría, celebrando el Capítulo General. Pues allí, en aquella localidad, Don Bosco soñó. Y Don Bosco, en sueños, se encontró con Domingo Savio, cuya fiesta celebramos ayer. Y Domingo Savio se le presentaba como embajador de Dios. Y le mostraba el mucho bien que la Congregación, ya en ese año 1876, había realizado. Le decía: “¿Ves el número incontable de jóvenes? –Sí que los veo. ¡Qué felicidad se refleja en sus rostros! –Observa lo que está escrito a la entrada: ‘Jardín Salesiano’ Todos estos han sido salesianos, o fueron educados por ti o por otros que encaminaste por la vía de la vocación, y el número hubiera sido mayor si más grande hubiera sido tu fe y tu confianza en el Señor”. Don Bosco le pregunta: “¿Y para el presente?” Domingo Savio le entregó un ramo con rosas, violetas, girasoles, gencianas, lirios, siemprevivas, espigas de trigo... ‘Estas son las virtudes que más agradan al Señor. Para el presente: caridad, humildad, penitencia, comunión frecuente con el Señor, vivencia auténtica de nuestra vida religiosa y de los votos, perseverancia, amor a María’.

Avelino, Tirso, Félix, Cayetano, Ivo, Maxi, Ángel, Antonio, Pedro, Manuel, Florencio, Fidel, Pepiño, Jesús, Tomás, Nicolás, Chema, PAI, Pablo, Teófilo, José Antonio. Esos son sus nombres. Detrás está su vida. Ellos están en el Jardín Salesiano. Un jardín que se ha visto enriquecido por sus vidas, que reflejan la variedad de las maneras en que se puede vivir esta común vocación salesiana. Vidas vividas en talleres de Formación Profesional, en esa entrega silenciosa que toda una generación ha hecho para potenciar la FP en nuestro país. ¡Cuánta entrega de tantos hermanos que hicieron del taller lugar de apostolado, lugar de presencia, de cercanía con tantos jóvenes, puerta de entrada para ganarse honradamente la vida como ciudadanos!

Un Jardín Salesiano enriquecido por la sencillez, la acogida, el espíritu de servicio. Vidas que han hecho de lo ordinario, lo extraordinario, con una capacidad de acogida que supera, ciertamente, lo exigible. Un Jardín Salesiano que hizo de la cercanía y del ingenio personal, capacidad de encuentro con las personas. Unos por medio de la magia, otros por la música, otros por el deporte. Cada uno, según sus cualidades, cada uno desde sus cualidades. Un Jardín Salesiano que se ha visto enriquecido con vidas de hermanos desgastadas en los colegios, en las misiones, en centros universitarios, en parroquias, en el patio, incluso dando la vuelta a España en una moto... Un Jardín Salesiano que también ahora goza de la presencia de hermanos que supieron cuidar humildemente de los enfermos, que en el final de su vida fueron capaces de manifestarnos una resistencia y paciencia ante la enfermedad realmente encomiable, y que se ha convertido en todo un testimonio y un ejemplo para cuando el dolor y la dificultad llaman a nuestra puerta. Hermanos como nosotros, que han tenido luces y sombras, sus propios procesos también de sanación, de acercarse más a Dios

Este es el jardín soñado por Don Bosco, y desde ese jardín, estos hermanos, que hoy celebramos, nos están escuchando. Y nos están escuchando en comunión festiva. Y nos están escuchando como también nosotros hemos estado escuchando al Resucitado decirnos: 'Paz a vosotros'. ¡Qué precioso evangelio! Cuántas veces podemos escucharle en nuestra vida, para que allá donde haya miedos, allá donde haya desconfianza, allá donde haya inseguridad, allá donde haya dudas, temores... escuchemos la voz de Jesús que dice: 'Paz a vosotros'. Y lo dice una vez, lo dice otra, lo dice una tercera. Lo dice incluso cuando hemos estado despistados y hemos perdido una oportunidad de encontrarnos con Él.

Que este mensaje de paz llegue a cada una de nuestras casas, a cada uno de vosotros, que nos estáis escuchando, que estáis compartiendo con nosotros esta celebración. A cada una de nuestras comunidades salesianas, a cada una de nuestras casas y presencias. A la Familia Salesiana, a nuestros educadores, a nuestros jóvenes, a nuestros amigos, a todos los que sintonizáis con nosotros, que estamos en comunión espiritual de cariño y cercanía. Que llegue este mensaje del Resucitado a cada una de nuestras vidas, para eliminar el miedo, para romper cualquier atadura que nos pueda hacer daño.

Mirad, algunos dicen (empiezan a decir, no ha pasado demasiado tiempo...) que todos esos mensajes bonitos, positivos, van a caer por tierra, que en realidad no va a cambiar nada, que vamos a seguir todos igual, que no vamos a haber aprendido nada de esta terrible pandemia. Me resisto a creerlo. Yo, por lo menos, sí he cambiado. Yo, por lo menos, sí quiero compartir con vosotros que merece la pena escuchar el mensaje de tantas vidas. Merece la pena escuchar el mensaje de Dios que nos está llamando a la conversión, que nos está llamando a poner en el centro lo que de verdad importa. A ponerle a Él en el centro de nuestra vida. A mí por lo menos sí me habéis ayudado, queridos hermanos, con el testimonio de vuestra vida.

Y yo quiero compartir con vosotros esa paz interior, que es un auténtico regalo de Dios. El Señor nos dice: 'Paz a vosotros'. Y esa paz no es fruto de cesiones y componendas. Es una paz que nace del perdón, que nace de la confianza en Dios, que nace de tomarse en serio el evangelio. Una paz que no oculta las heridas. No es una poesía barata. Es una paz que se tiene que vivir al reconstruirse los lazos de la fraternidad. Al acoger de verdad el perdón que Dios nunca se cansa de ofrecernos en nuestra vida.

Al hacer esta memoria agradecida de la vida de nuestros hermanos salesianos, quiero pedir su intercesión. Confiamos en que estén disfrutando de ese jardín soñado por Don Bosco. Pedir su intercesión, para que sigamos viviendo nuestra vocación salesiana de clérigos y laicos. Y os pedimos que, igual que vosotros la vivisteis, también nosotros la vivamos haciéndola realidad en el día a día de nuestra vida.



Y me gustaría sobre todo pedir tres cosas. Pedir que aprendamos a cuidarnos. En estos días, especialmente las comunidades que habéis sufrido con tantas dificultades la enfermedad dentro de vuestras casas. Especialmente, todas las personas que me estáis escuchando y habéis tenido algún familiar, algún amigo enfermo. Y que, en la distancia, sufráis también la impotencia de no poder acariciar, de no poder apretar la mano, de no poder transmitir cariño. Todo esto que hemos vivido nos tiene que ayudar a cuidarnos más en la vida cotidiana, a cuidarnos de verdad, a comprendernos un poco más, a ser capaz de salir de nosotros mismos y a cuidar esos detalles que hacen al otro la vida más agradable, más alegre, más fraterna. Cuidarnos, para cuidar.

Pido, en segundo lugar, que nos centremos en lo esencial, y lo esencial de nuestra vida es Dios, lo esencial de nuestra vida es la Buena Noticia del Evangelio, lo esencial de nuestra vida es iluminar. Iluminar con nuestra vida la Luz, que es Jesús. Y que está ahí, en ese cirio pascual que nos recuerda que Él ha triunfado sobre la muerte, sobre el pecado, sobre todo aquello que entristece nuestra alma.

Por eso, la tercera petición es que vivamos con alegría. Cada uno de nosotros, desde nuestra vocación. Y que esa alegría se contagie, se testimonie. No porque hagamos cosas excesivamente extraordinarias o forzadas, sino porque en la vida cotidiana, en la vida sencilla, somos capaces de testimoniar que merece la pena vivir desde el Evangelio. Que somos capaces de perdonar de corazón, somos capaces de dar esperanza al que la necesita, somos capaces de escuchar, somos capaces sobre todo de pensar menos en nosotros mismos y más en los demás.

Queridos hermanos. Os pido que nos ayudéis desde el cielo a los que estamos aquí, siguiendo el sueño de Don Bosco, caminando en la vida, en la estela del Señor Resucitado, a que nos cuidemos, nos centremos en Dios, demos testimonio alegre del Evangelio, de la Buena Noticia de nuestra vocación.

Regresando al sueño de Don Bosco. Cuando Don Bosco termina de recibir este ramillete de flores de las manos de Domingo Savio, le pregunta: "Domingo, ¿qué es lo que más te consoló en la hora de la muerte?" Y Domingo le responde: "Lo que más me consoló fue la asistencia de la potente y bondadosa Madre de Dios. Díselo a tus hijos. Que no se olviden de invocarla en todos los momentos de la vida". Estoy seguro que estos hermanos tuvieron a María Auxiliadora en su cabeza y en su corazón en sus últimos momentos. Y de alguno de ellos doy fe, porque es el último WhatsApp que recibí de él. Estoy convencido que todos los que me estáis escuchando llevamos a María Auxiliadora en nuestra mente y en nuestro corazón. Pues, como Domingo Savio le dijo a Don Bosco, "díselo a tus hijos que no se olviden de invocarla en todos los momentos de la vida", que jamás nos olvidemos que tenemos una Madre en el cielo que nos cuida, nos protege y nos auxilia.